

MILTON ROSSEL

DON SAMUEL A. LILLO EN MIS
RECUERDOS

EN LA RESURRECCIÓN DEL PASADO los recuerdos se clarifican al recorrerse la bruma con que la distancia opaca los seres, las cosas y los hechos. En la memoria sólo sobrevive aquello que se grabó gratamente. Por eso el verso de Jorge Manrique, que fue esencia poética al traer a su sensibilidad la evocación del padre muerto, se ha convertido en un tópico para renegar del presente y afirmar que “todo tiempo pasado fue mejor”.

Los años nos hacen recortar las perspectivas, apenas inquietarnos por lo actual y revivir lo más lejano con fruición reanimadora. Consuelo y justificación de quienes se rebelan contra la caducidad inexorable del tiempo. Pero las leyes biológicas son implacables, pese a todas las vitaminas ilusionadoras.

De los escombros de la realidad extinta, un rebrote surge al perfilar los rasgos humanos de una figura a la cual estuve ligado desde la adolescencia por la amistad, la simpatía y la gratitud, figura que en el historial de las letras chilenas ha tenido indiscutible significación como poeta y promotor literario: Don Samuel A. Lillo.

Su nombre era familiar en nuestro medio hogareño. Mi padre había sido compañero suyo en el Liceo de Concepción; y, a pesar de que el destino de ellos se diversificó por caminos muy opuestos, la amistad nacida en la niñez se mantuvo sincera e inalterable a través de los años. Por mi parte, llevaba grabado su nombre desde el día en que el profesor de castellano nos hizo memorizar, en los primeros años de humanidades, las composiciones de don Samuel *Paisaje de stilo* y *La tumba del marino*. Escaló don Samuel situaciones administrativas y docentes expectables y su nombre se enaltecía en numerosos concursos literarios. Mas no perdió su llaneza ingénita; y si a veces estuvo vehemente en palabras y actitudes, jamás se le vio oblicuo y es-

quivo. Fue generoso y bondadoso hasta con aquellos que lo atacaban y disminuían.

Había entrado ya en la adolescencia cuando hice mi descubrimiento de Santiago. Venir a la capital hace más de cuarenta años era una empresa que requería tantos preparativos y se hacían tantas recomendaciones como hoy para ir a Europa. Pude realizar la aspiración de conocer a Santiago incorporándome a una excursión organizada por los alumnos de los cursos superiores del Liceo de Concepción. Por consejo de mi padre, fui a casa de su viejo compañero y amigo.

Viaje largo e incómodo en una helada noche de invierno, pero que no influyó en el entusiasmo del muchacho que iba a visitar la capital. Supuse que alguien me esperaría en la Estación Central. Pero la persona a quien se le encargó esa misión, no me identificó. Desorientado, en medio de viajeros que llegaban y partían, un condiscípulo, en situación análoga a la mía, se ofreció para dejarme en la Universidad de Chile, de la cual don Samuel era prorector.

A poco de caminar sufrí una gran desilusión: yo creía encontrar una ciudad con grandes y hermosos edificios. Con ingenuidad de provinciano, me imaginaba a Santiago una ciudad extraordinaria. Mas la edificación se sucedía menguada, inferior en muchos aspectos a la de Concepción. Con paso ligero llegamos hasta la Pila del Ganso. Extrañado mi guía de no encontrar la Universidad, preguntó por ella, y como era natural, le dijeron que se encontraba al oriente de la Estación Central, y nosotros habíamos andado en dirección contraria. Hubimos de rehacer el camino, siempre a pie, hasta dar con la Universidad. Don Samuel me recibió con extremado afecto y familiaridad. Yo permanecía cohibido, incapaz de expresar frases dignas del personaje a quien acabada de conocer. Seguramente, experimenté esa misma timidez balbuceante de Eza de Queiroz cuando estuvo frente a Fradique Mendes, el autor de las *Lapidarias*.

La oficina del prorector, que a la vuelta de los años me sería tan familiar, era grande, con muebles solemnes y arcaicos; en las paredes enormes estantes atestados de libros y documentos. Mientras don Samuel terminaba de firmar notas y oficios, de éstos tan abundantes en nuestra burocracia y tan antipáticos por su fraseología estereotipada, mi vista se detuvo en un retrato de un señor de barba muy tupida e hirsuta y de mirar extraviado. Ese, me dijo don Samuel cuando hubo terminado de firmar, es el gran poeta Pedro Antonio González. Novedad para mí: los poetas usaban barba, pues don Samuel la tuvo toda su vida como el autor de *El monje*. Llevaba, además,

don Samuel otro distintivo muy frecuente en los poetas de antaño y en algunos rezagados de hoy: corbata de rosa, con las puntas colgantes, hecha, al parecer, sin ningún esmero. Último resto de la bohemia literaria.

Don Samuel me invitó a salir. Sumido en el vaivén callejero, miraba inquieto, sorprendido. Me parecía que todo el mundo lo saludaba. Me dijo que eran sus numerosos discípulos del Instituto Nacional, de la Escuela Militar y de la Escuela de Leyes. Entramos en Gath y Chaves, donde hizo unas rápidas compras. Ahora sí que Santiago se me ofrecía como una ciudad extraordinaria, con su gentío arremolinado, sus edificios de dos o tres pisos, tranvías veloces, victorias románticas, mujeres elegantes y bonitas. Jóvenes airosos paseaban por la calle Huérfanos. Era mediodía. Así vi a Santiago en 1917.

Cuando poco después conversaba con personas que habían estado en Buenos Aires o en las grandes ciudades europeas, no podía aceptar que Santiago fuera para ellos sólo una gran aldea. Llegamos a la casa de don Samuel, en el barrio Bellavista. De nuevo me sentí en mi ciudad provinciana. Casas chatas, grises, uniformes; calles solitarias; gente sencilla, apacible. Otra novedad fue encontrar una biblioteca como la de don Samuel. Jamás en casa particular había visto tanta cantidad de libros selectos. Casi todos ellos con dedicatorias elogiosas de autores de renombre, nacionales y extranjeros.

En el liceo, el profesor de castellano nos había despertado el gusto por la lectura. En sus clases nos hablaba, además de los autores consignados en el programa de estudio, de otros de gran fama entonces, incluso actualmente. Así nos informó sobre Rodó, fallecido por esos años; Unamuno, al cual admiraba; lo mismo que a Baroja, admiración que también sentí cuando logré adquirir cierto discernimiento en materias literarias. Don Samuel se extrañó que tuviese tanto interés por autores que, por lo general, no atraen a los estudiantes de liceo. Compré, entre otros, *Vida de don Quijote y Sancho*, de Unamuno; *Ariel*, de Rodó; *La cortesana de Alejandría*, de Anatole France.

Acaso nunca la palabra hogar ha tenido una significación más exacta que al referirse al de don Samuel. Allí, en verdad, se avivaban el afecto, la ternura, la alegría. Era él el patriarca en torno a la expansión bulliciosa de sus numerosos descendientes; y su esposa, la señora Amantina Quezada Acharán, la animadora de ese fuego de bondad y arte que fue el alma del poeta. Mujer de cultura poco común —había cursado hasta los últimos años la carrera de medicina—; aguda en sus observaciones, con ese velo de ironía de los espíritus afinados en la tradición y el estudio; de gran sencillez, no obstante

su prosapia intelectual, no se la vio ufanarse por los triunfos y el prestigio de su esposo y hermanos.

El hogar de don Samuel, mantenido sin modificarse hasta su fallecimiento, tenía el aire de la casona colonial, donde él, junto a las brasas crepitantes de la chimenea, en los atardeceres invernales, contaba a sus nietos viejas historias y leyendas. Estampa revivida de viejos y olvidados libros. Allí era frecuente encontrar escritores de las más diversas promociones literarias: desde el novato en las letras hasta el de apergaminada actitud académica.

A pesar de sus achaques físicos, don Samuel mantuvo hasta el final de su existencia ágil y animoso el espíritu. Gran lector, estaba al día en la producción literaria del país. Joven de corazón, no perdió su reír sonoro y espontáneo, ni dejaba tampoco de lanzar de cuando en cuando el filo de su sarcasmo envuelto en ruidosa carcajada.

—Qué bien está, don Samuel.

—Y sepa —me contestó con su atropellado hablar— que aún soy capaz de salir a la pelea . . .

Vieja raza criolla, nutrida del vigor de las tierras vírgenes que dieron hombres fuertes y rectos como esos árboles que todavía se conservan solitarios en las cumbres.

Sin recursos y deseoso de continuar estudios superiores, don Samuel me dio un puesto en la prorectoría de la Universidad de Chile. Era tradición que don Samuel ayudara a estudiantes y escritores pobres. Son varios los que, sin su eficaz intervención, habrían renunciado al llamado de lo que creían era su destino. Sería indiscreción mencionarlos.

En las oficinas de la prorectoría trabajaba Eduardo Barrios. La lectura de *Un Perdido* me impresionó profundamente como que en ese Lucho Bernales —el protagonista de la novela— hallé algo de mí mismo. Releída en adultez intelectual, sigo creyendo que es la obra de Barrios de mayor calidad humana y de más aguda penetración en el análisis del adolescente, con atisbos de gran intuición en la anatomía anímica del tímido. Barrios, por ese tiempo, no concurría a la oficina, pues estaba gravemente enfermo. Al principio creí que el autor de *Un Perdido* era un funcionario que también trabajaba allí, porque le encontré rasgos parecidos al dibujo que de Barrios aparece en la contraportada de la primera edición de la referida novela. Pero había otras razones para identificarlo con el escritor. Era ese funcionario espigado, buenmozo, simpático, dicharachero, de prestancia donjuanesca. Imaginaba que ésa tenía que ser la estampa de un escritor capaz de configurar el mundo nove-

lesco de *Un Perdido*. Grande fue mi sorpresa cuando conocí al novelista. De estatura regular, tranquilo, voz opaca, traje impecable, casi siempre de color azul. Llegaba a menudo con retraso, se enjugaba la frente con un pañuelo e inmediatamente se justificaba en tono quejumbroso: un dolor agudo y repentino, una enfermedad de los niños . . .

El trabajo discurría en un ambiente familiar. Don Samuel no adoptaba esas actitudes de mando a que tan inclinados son los advenedizos de la burocracia que llegan a cargos superiores. Nada de adustez había en él. Era de gran benevolencia para juzgar las faltas de los subalternos. Si el culpable era estudiante, no le daba importancia siempre que llegara atrasado o faltara porque estaba preparando algún ramo de sus estudios. Con los escritores era más benévolo aún. Precisamente por esta bondad de su condición fue víctima de la astucia e intriga criollas, en varias oportunidades. Pero lo que más le afectó, sin duda, fue la mofa que se hizo de un gesto de gran altura que tuvo con los estudiantes universitarios en huelga al ordenar se abriera al presidente de la Federación de Estudiantes de Chile la puerta principal de la Universidad, a fin de que en el Salón de Honor sesionaran los muchachos huelguistas. Lo hizo para evitar mayores desórdenes y porque le parecía natural que los estudiantes universitarios se reunieran en su propia casa. Pues bien, al siguiente día, en un importante diario de la capital, apareció una caricatura de don Samuel, en que se ridiculizaba este noble gesto suyo. Esta caricatura la colocó en su oficina un decano, al poco tiempo elegido rector de la Universidad. Entonces don Samuel, con gran dignidad, presentó su renuncia.

Don Samuel tuvo una gran pasión por la literatura, manifestada no sólo en sus libros y en la cátedra, sino especialmente en el Ateneo de Santiago, del cual fue secretario perpetuo durante más de treinta años. Eran entonces escasas las revistas donde los jóvenes escritores publicaran sus creaciones. Don Samuel acogía a cuanto novel literato se le presentaba, y lo hacía con cariño, sobre todo con los extranjeros.

—Cuando nadie quiso presentar a Gabriela Mistral —me expresó cierta vez— lo hice yo y yo mismo leí sus versos.

Durante un tiempo fue moda atacar a don Samuel. El no se amilanó ante las embestidas, por violentas que ellas fuesen, y respondió con igual denuedo a los atacantes. Un crítico tornadizo y estridente debió de haber sentido remordimiento por un sarcástico artículo que le dedicó hace años, como que no tuvo empacho de hacer, en los funerales, el panegírico del poeta.

Seguramente muchos de los versos de don Samuel A. Lillo corresponden a

una época periclitada. Acaso no se vibre con el tono mayor de sus versos epopéyicos. Acaso su sencillez descriptiva resulte elemental si se la compara con el retorcimiento y las metáforas esotéricas de la poesía de hoy. Pero nadie le podrá negar autenticidad poética en las descripciones de la naturaleza bravía del sur del país, en la narración de los hechos guerreros protagonizados por los aborígenes ni el profundo sentido humano que imprimió al cantar el dolor de los humildes y jornaleros. Ese mismo acento de humanidad que estremecen los relatos de su hermano Baldomero, el autor de *Sub-Terra*.

Cenaba a esa hora próxima a la medianoche en el Madrid trasnochador. Centroamericanos taciturnos en sus rasgos indígenas, satisfechos americanos del sur, eufóricos cubanos que presentían el triunfo sobre el Dictador. No obstante el barullo, percibí la voz de la radio: El poeta chileno, don Samuel Lillo, ha muerto.

Sentí que se desgajaba un pedazo de mi propia vida, y sentí también que en la Patria un trozo de su historia contemporánea, literaria y docente, se desmoronaba.